

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Amor al trabajo, por F. B.—A mi distinguido amigo D. Prudencio Delgado Leiva.—Poesía de J. B. C.—Bosquejo de un cuadro de costumbres, por D. Juan Tejon y Rodríguez.—La Golondrina, por F. H. de M.—A unos cabellos rubios.—Poesía, por M. G. R.—La mano de nieve.—Novela; continuacion.—Solucion á la charada del número anterior.—Charada.—Correspondencia.

AMOR AL TRABAJO.

Es el trabajo condicion tan precisa en el hombre que sin aquel no existiria este.

Imposibilitados al venir al mundo de bastarnos á nosotros mismos, un sentimiento innato de cariño obliga á nuestros padres á velar por nosotros y á emplear todos sus esfuerzos para cuidarnos y mantenernos.

Nosotros, á nuestra vez, ejercemos en la misma forma ese sentimiento con nuestros hijos, y esta cadena continua de necesidades recíprocamente remediadas, constituye la continuidad de la vida en la especie, que sin el trabajo no existiria.

Si el hombre en el estado salvaje se halla indispensablemente sometido por instinto á esta necesidad de conservacion ¿qué será para el que vive en sociedad donde todos los sentimientos se subliman, todas las necesidades se multiplican y todas las inteligencias se estimulan?

El rico como el pobre trabaja cada cual á su manera, segun sus fuerzas, sus inclinaciones, sus ambiciones ó sus necesidades.

Esta es la regla; el ocioso es la escepcion, aunque tambien trabaja para no trabajar.

Estas reflexiones nos han persuadido de que uno de los mas importantes beneficios que pueden dispensarse á los hombres, y especialmente á la clase popular, es el de inspirarles el amor al

trabajo demostrándoles su utilidad, sus inapreciables ventajas y los felices resultados que de él se reportan.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan, dijo Dios á nuestro primer padre, y desde entonces el trabajo es el destino comun de todos los hombres.

El que trabaja cumple con su destino, obedece á la voz de su Criador, de ese Ser supremo que al castigar en el primer hombre el pecado original condenándolo al *trabajo* para librarse de los tormentos, de la necesidad y de la miseria, no le prohibió, ciertamente, la comodidad, la riqueza ni el descanso, puesto que todos esto bienes debian ser, necesariamente, el resultado de su trabajo, de ese trabajo que para ejecutarlo basta al hombre poner en movimiento sus brazos con el auxilio de su inteligencia.

El trabajo no afrenta al hombre, al contrario lo ennoblece, enalteciendo su dignidad, porque con él consigue dominar á la naturaleza entera.

Con el trabajo y con la inteligencia, se ha hecho dueño de las riquezas de la tierra transformando y multiplicando de mil maneras sus productos: comprime el aire para utilizar sus fuerzas: transforma el agua en vapor y produce esa maravillosa locomocion que acercando á los hombres de todas las razas estingue las preocupaciones, ensancha las ideas, hace desaparecer los odios y que llegará al fin, con la doctrina del cristianismo, á generalizar en el mundo el amor á la paz y á la fraternidad.

En fuerza del trabajo logra el hombre imponer leyes al rayo, y dueño de la electricidad la obliga á transmitir instantáneamente su palabra á donde su voluntad le señala.

Con el trabajo penetra en las entrañas de la tierra, visita los abismos del mar y se mece majestuosamente en el espacio.

El hombre entregado al trabajo ejercita su in-

quieta actividad y logra de esta manera huir de extravíos ó de exesos peligrosos que siempre perturban la salud. Las agitaciones de su imaginación se calman, las extravagancias de su fantasía se disipan, y todas sus acciones se dirigen á lo positivo, á lo útil.

Con el trabajo se aparta el hombre de los peligros de la ociosidad que, como todos sabemos, es madre de los vicios.

El hombre laborioso halla en su mismo trabajo una gran parte de su distracción, y cuando necesitando de mayor solaz va á buscarlo fuera de él, lo circunscribe siempre á actos inocentes y honestos porque el trabajo purifica los sentimientos, conduce á la virtud.

La comparación en el trabajo corrige y castiga nuestro orgullo.

Esa serie progresiva de operaciones que indispensablemente deben practicarse para llevar á cabo todo trabajo y en las que el hombre toca prácticamente la dependencia forzosa que cada uno tiene con el todo, le enseña y recuerda á cada instante su dependencia natural en la sociedad y elevándolo á consideraciones de deberes superiores le revela el conocimiento de aquella gran verdad de que nuestro tránsito en la tierra no es mas que la preparación de una vida futura, eterna.

El trabajo proporciona fuerza, vigor, robustez y agilidad al cuerpo, da tranquilidad al espíritu y produce esa paz interna efecto del justo equilibrio de todos nuestros instintos sin el cual degenerarían en pasiones.

El trabajo es el mejor ejemplo para nuestros hijos: con él se satisface á las necesidades de la familia, se capta su cariño y la consideración de sus semejantes y, valiéndonos de las palabras de un célebre moralista, es en fin el hombre laborioso el principal sosten del buen orden público, porque de este depende la posesión y el tranquilo goce de los frutos del trabajo.

Penétrense de esta verdad los padres para inculcarla desde temprano á sus hijos, los maestros á sus discípulos; esfuércense los Párrocos en apoyarla con toda la influencia de su respetable ministerio en el púlpito, como en sus exortaciones; hagan comprender al pueblo cuan grato es á Dios y útil á la sociedad el amor al trabajo pintándoles al mismo tiempo con sus mas vivos colores los funestos efectos de la ociosidad, y de seguro

se obtendrá el buen resultado, fin á que todos sin distinción debemos contribuir.

El pueblo es generalmente religioso; si se sabe dirigir bien esta favorable propensión fácilmente se le podrá conducir á la felicidad hasta donde es posible llegar en la tierra, si se descuida ó se abusa de ella caerá en los vicios y la disolución.

F. B.**

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

D. PRUDENCIO DELGADO Y LEIVA.

¿Por qué ocultar tu corazón pretende
la lava ardiente que en su fondo brota?
De tu mente un recuerdo se desprende
y el raudal del pensar nunca se agota.

Al nombre de Mercedes enlazada
vá la época feliz de tus amores,
página breve de tu edad pasada,
hoy vago aroma de marchitas flores.

¿Por qué esquivas del mundo los placeres?
¿Por qué en tristeza inundas tu existencia?
¿Por qué á tu corazón engañar quieres
con mentida, glacial indiferencia?

Vano empeño: jamás la oculta fibra
embotar podrás tú del sentimiento:
la voz de esa pasión que en tu alma vibra
será tal vez tu inspirador aliento.

Quizas por el recuerdo que ella evoque
con mágico poder en tu memoria,
tu noble frente victoriosa toque
el fulgurante solio de la gloria.

Quizás por ella, á quien amaste un día
como se adora en nuestra edad primera,
brotará de tu lira esa poesía
que el cielo y sus delicias reverbera.

Tal vez un *porvenir* de alma ventura
de tu *ecistencia* borrará el *pasado*,
y de tu *ayer* mitigue la amargura
ese *mañana* que te brinda el *hado*.

Nace la gloria del dolor vehemente
y su laurel, que la ambicion desea,
ciñe tan solo la arrugada frente
marchita por el fuego de una idea.

Sobre el recuerdo que tu amor te inspira
y en medio de tus *yertas* ilusiones
alzará tu destino inmensa pira
dó te ofrescan incienso las naciones.

De Beatriz la hermosura cantó el Dante,
el Tasso su *pasion* por Eleonora,
y el fiel Petrarca en su delirio amante
á su Laura perdida, triste, llora.

En blanca roca donde el mar arrecia
melancólico Ossian piensa en Malvina,
y moribundo Byron en la Grecia
á Emma junto á si ver imagina.

Por Julia, Shakespeare vé confundido
su *ecistencia* en las redes de amor presa,
y en vano quiere hundir en el olvido
Espronceda la imágen de Teresa.

La muger, bello ser incomprensible
que falaz é inconstante puebla el mundo,
ora es del *hado* la segur terrible,
ora es de goces manantial fecundo.

La muger es la estrella del destino,
de su influjo los hombres no se *ecsimen*,
ella del heroismo abre el camino
y al par la senda que conduce al crimen.

Libro cerrado, donde el alma ansiosa
busca el amor con tímida alegría,
misterio de la suerte caprichosa,
ángel de paz que se rebela un día.

Estrella que ilumina el puro cielo
de nuestra débil y feliz infancia,
flor que cogemos con ferviente anhelo
y pierde en nuestras manos su fragancia.

Fuego que agosta la ilusion riente
que arrulla con placer la juventud,
en el mar de la vida abismo hirviente
que entre perlas esconde un atahud.

Perfume que embriaga los sentidos,
delirio vago que la mente agita,
corazon sin calor y sin latidos,
estéril planta por el sol marchita.

La muger que entre sueños de ternura
por vez primera el corazon adora,
nos ofrece una gota de ventura
que al fuego del desden ¡ay! se evapora.

Y en pos deja de sí recuerdo insano
que un mundo de pesares nos revela,
cual en sábana azul del Océano
deja la nave fulgurosa estela.

Tú, que en el fondo de tu pecho oculto
guardas el fuego de tu amor ardiente,
al son de tu laud ríndele culto
y mas de un eco encontrarás doliente.

Málaga.

J. B. y C.

BOSQUEJO

DE UN CUADRO DE COSTUMBRES. (*)

I.

Autorizados por el dicho popular de *esos son otros Lopez*, daremos este apellido á la familia con quien vamos á entrar en conocimiento, com- puesta de sus gefes naturales padre y madre

(*) Este ensayo ó prólogo de una obra que no se ha escrito aun, ve la luz pública por complacer á algunos amigos muy res- pectables.

EL AUTOR.

D. Blas y D.^a Maria y de José, Nicolás, Fernando y Gertrudis, estos cuatro procedentes de la legítima union de los primeros verificada despues de la invasion francesa.

El D. Blas era un antiguo empleado en rentas que no poseia otras que su modesto sueldo, con el cual y su estremada economia, compatible con el mayor aseo, consiguiera como generalmente se dice sacar adelante á su consorte á la sazón ciega y á su numerosa prole, gracias al don de gobierno en que logró sobresalir su hija, tal vez porque carecia de lo que en sociedad se llama mérito para aspirar á parecer bien: era pobre y fea y ambas cosas espantan. Por eso se negaba todo adorno supérfluo, pues tenia la virtud de *conocerse á si misma* y se entregaba en cuerpo y alma á sus quehaceres domésticos, con la balanza de la justicia en la mano y el *no se puede* en la boca para todas las exigencias que en diferentes tonos llegaban á herir sus oídos. Como es de suponer su rectitud y su inflexibilidad la habian hecho insufrible para sus hermanos, quienes la apellidaban por mofa el justo juez.

Fernando, que era el menor, sabia leer y escribir correctamente, conocia la aritmética y el francés pero no habia podido completar su educacion por falta de recursos. En cambio se hallaba apto para ponerse el lazo de la corbata y bailar la polka, y aunque jamás habia llegado á poseer el brillante objeto de su constante ambicion, unas botas de charol, se embetunaba con maestría su calzado de becerro, pudiendo, merced á su carácter franco, reunirse con otros jóvenes de su edad si bien de mejor fortuna.

Terrible es sin duda la influencia que suelen ejercer las privaciones en el alma ambiciosa de un joven.

Verse condenado á vivir entre el deseo y el obstáculo.

La sed de oro, de ese enemigo eterno del reposo, ya se le posea ó bien se le ambicione, comenzó á devorar el corazón de Fernando puesto que en él veia la pronta y fácil realizacion de todo capricho y se hallaba en esa crisis peligrosa de la existencia en que desbordada el alma y juguete, digámoslo así de los sentidos, anhela poseer cuánto á estos impresiona.

Edad que Lamartine califica sábiamente de ingrata, en que la ligereza y la imitacion hacen que el hombre se avergüence de sus mejores sentimientos; edad cruel en que los dones de la Providencia, el amor puro, las buenas inclinaciones, como semilla que cae sobre la arena son agostadas en flor por el aliento impuro del mundo.

Por eso se desdenaba ya de acompañar los domingos por la tarde á la honrada aunque humilde familia que habitaba en el piso bajo de su casa, ahogando en su pecho la voz del remordimiento que le recordaba sin cesar las solemnes promesas que hiciera la anterior Noche-buena á la inesperada Cecilia al volver de los maitines.

Para acallar ese grito leal de la conciencia que

nos reconviene cuando obramos mal y nos pone en tortura, hallamos siempre excusas, administrándonos á voluntad esta especie de ópio, porque el deber dejado de cumplir desvela y existe un sentimiento innato de equidad en el fondo de todo ser dotado de razon que reprueba lo injusto.

Fernando se hallaba unido á Cecilia por una palabra que á decir verdad no es vínculo muy fuerte y por un amor *pretérito imperfecto inconjugable* como le dijo un día cierto profesor de gramática, tío suyo; mas la vanidad, esa despotista que lisongeando subyuga, lo alejó de ella poco á poco si bien colocándolo en una posicion falsa en la sociedad de mas elevada gerarquía, donde solo se concede la entrada al que se presenta en traje de etiqueta y con las condiciones tiránicas que ella exige, así fué que al tratar de volar, como él decia, llegó á hacerlo con el funesto éxito de Icaro. En resumen, Fernando era un pollo, y ya habia sufrido crueles desengaños, sin mas fruto que la enemistad de sus honrados padres y el enojo de la engañada Cecilia.

Misera juventud que así envenena los veneros de la felicidad, dejándose arrastrar por sus químicos delirios!

II.

La muerte concedió al cabo de algun tiempo el descanso al honrado padre de nuestra ya conocida familia, quien solo pudo legar á sus hijos el edificante ejemplo de su laboriosidad, de su resignacion y de la mas intachable conducta.

Como no pudo dar carrera á sus hijos habia colocado á Nicolás de ayudante en una escuela, cuyo cometido desempeñara á cambio de su mezuquina utilidad, hasta que le tocó por su suerte la de soldado, pasando á Ultramar de cabo segundo de granaderos.

En cuanto al mayor era el vivo retrato de su padre, tan afable, tan pulcro y tan modesto, no desdenándose de un oficio ennoblecido por el santo de su nombre descendiente de David, en cuyo pobre taller pasara sus primeros años el Niño Dios, preparándose para la grande obra de nuestra redencion. Este pensamiento contestaba siempre victoriosamente á la voz del orgullo, engañadora cual la de la fabulosa sirena, voz que ocasionó el primer pecado, tentacion constante del infierno, porque el infierno existe por el orgullo.

Mas apesar de su buen deseo José no podia hacerse cargo de su pobre y desolada madre, de la severa Gertrudis ni del holgazan Fernando, pues la prosperidad parece reñida con los buenos y esto no debe admirarnos porque sin grandes pruebas no se conoce el temple de un metal, el valor de una piedra preciosa.

José era un maestro de carpintero adocenado y lejos de medrar como otros muchos, le habia concedido el Señor la numerosa descendencia que otorgó á Jacob aunque jamás le negara el *pan de*

cada día que fervorosa, y diariamente se le pedia en coro, con *fé* por las mañanas y con *esperanza* por la tarde, debiendoselo á la *caridad* algunas noches.

Y cuenta que sus hijuelos si bien comian muy poca carne como Atila eran mas aficionados al pan que este impio guerrero.

Desesperante situacion para el que mira las tribulaciones con ojos profanos, mas no para José, que referia á su familia cuando notaba síntomas de un motin doméstico que nada le habia llamado mas la atencion entre lo poco que habia leído, que la alegría de Sta. Teresa de Jesús cuando el Señor amenazaba á la humanidad con algun castigo, porque entonces es cuando se eleva á El el corazon, y de aquí sacaba motivo para una piadosa alocucion que sosegaba algun tanto á los sublevados.

Finalmente y volviendo á la acongojada viuda y á la afligida huérfana, debemos decir que al verse en tan completo desamparo, exhausta la caja de ahorros de la última y perseguidas por implacables acreedores que se repartieron entre sí su pobre ajuar, cayeron gravemente enfermas. Entre tanto Fernando que empezaba á despuntar por uno de esos *esprits-forts* que tanto abundan en nuestro siglo, haciéndose *superior* á cuanto lo rodeaba y á favor de algun dinero ganado al juego y que ocultó cuidadosa ó mejor dicho cruelmente á su familia, tomó sin pereza la diligencia abandonando sus lares sin derramar una lágrima, sin formular una plegaria, sin solicitar una bendicion ni un consejo.

A los pocos días la falange de vagabundos de la Côte, contaba en sus filas á un individuo mas.

III.

Pasó la hora terrible de la prueba: desaparecieron las irritadas olas de la tribulacion, olas que ahogan al incrédulo mientras elevan hasta el cielo al justo combatido por ellas.

Al arrojarse Fernando á la corriente mundial cesó la borrasca para los que lo rodeaban antes, pudiendo en esto compararse á Jonás aun que su entrada en Madrid no fué la entrada del Profeta en Ninive.

¿Cómo cambió tan de repente, se nos preguntará la angustiosa situacion de tan infortunada familia? Vais á saberlo.

Acababa Gertrudis de deshacerse á cambio de cuatro pesetas de la última tabla del naufragio, de unos manteles que comprara de *lance* en tiempos mas felices.

La madre veía ó mejor dicho oía, puesto que sus ojos habian dejado de funcionar hasta para el llanto, seco por el dolor su manantial, con la calma del que desprendido de la tierra se somete á la voluntad del cielo, el trato que acababa de hacer su hija, comenzando en voz baja el primer *Padre nuestro* del rosario y haciendo solemnemente perceptibles sus últimas palabras; pala-

bras que tibiamente pronuncian por costumbre los labios que pueden saborear ricos manjares, los que imponen leyes vejatorias al pobre, siendo hermano del rico, labios que altera la ira á menor contrariedad, como rebelde protesta contra esa fuerza superior al hombre que se llama profanamente destino y que no es otra cosa que la voluntad del que todo lo puede, á la cual nos sometemos despues de haberle pedido parte en su santo reino.

Gertrudis entre tanto habia tomado su dinero, pero presentándosele de improviso la tendera que les *fiara* los artículos de primera necesidad financiando, tal vez, graves apuros, dejó caer las cuatro monedas en su mano, diciendo lacónicamente: —No tengo mas.

—La culpa la tengo yo, salió murmurando groseramente aquella muger acostumbrada á tratar con dureza al prójimo, buena está la *mar-chantería* y mas las beatas: *majestá y pobreza tó en una piesa*; por supuesto que por allá se lo dirán de misas, porque el que no tiene ayuna y no se come lo que al pobre le cuesta su sudor. Pero juro que se han de acordar de mí esas *santurronas*.

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, repitió la virtuosa ciega impasible como un autómeta.

Gertrudis se habia arrodillado delante de una estampa del Redentor crucificado, que sin marco ni adorno alguno, y sujeta á la pared por dos clavos, traía á la memoria la desnudez y el suplicio del Hombre-Modelo: en esta actitud humilde y suplicante como se nos pinta á Magdalena, cerró á las lágrimas sus ojos, perdonando como el Señor á la que acababa de llenarla de improperios y contestó con la efusion de un alma que oprimida por la materia se eleva á la region de lo infinito para buscar allí un consuelo.

—«El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros *deudores*. Conviene advertir, que entre estos *deudores* á quienes perdonaba Gertrudis de corazon al par que de palabra, se hallaba en primer término su *acreedora* la tendera, y como esto parecería á primera vista una estraña anomalía, observaremos sin entrar en esplicaciones teológicas para las que nos reconocemos incompetentes, que los franceses traducen de este modo aquella parte de la oracion dominical. (*) «Y perdónanos nuestras *ofensas*, como nosotros perdonamos á los que nos han *ofendido*» cuya version si bien mas libre que la castellana, esplica mas claramente la idea sublime del perdón del enemigo, que tan necesario es inculcar al pueblo.

Gertrudis no habia podido continuar: su voz desfallecida por el hambre y la angustia se perdió

(*) Et pardonnez-nous nos offenses, comme nous les pardonnons á ceux qui nous ont offensés.

en uno de esos sollozos prolongados, inflexion del dolor, nota sublime que conmueve el alma y que el hombre jamás sabrá explicar, espresion infinita del sufrimiento, origen de la armonía, porque sin duda el hombre buscando un lenguaje que demostrase lo intenso de sus emociones inventó la música, ese arte encantador, melancólico idioma comprensible al espíritu, en quien ejerce directamente su poderosa influencia. Recordad á Saul agitado por diversos afectos ante la citara del vencedor de Goliath. Y para corroborar nuestra opinion oigamos á Chateaubriand, profundo conocedor del corazon humano que compara con un instrumento incompleto, con una lira á quien le faltan cuerdas, obligándonos á sacar acentos de alegría con el tono destinado para los suspiros, cuando afirma «que en todos los paises el canto natural del hombre es triste aun cuando espresa su felicidad.»

Perdónesenos esta digresion y volvamos á nuestra Gertrudis, á quien abandonamos en su inmensa afliccion, contagiosa agonía del alma que se comunicó rápidamente al corazon desolado de la anciana, como penetra la electricidad hasta la médula de los huesos de los que forman una misma cadena.

—Hija mia, valor, observó la imitadora del piadoso Tobias, si tú *tambien* me faltas que será de esta vieja desvalida? ¿No has oido decir que es muy divina la religion que ha hecho una virtud de la esperanza? Tuvo nunca Jesús, con ser Dios, donde reclinar su divina cabeza?

—Es verdad, madre, pero sudó sangre en el huerto....

—Dí el acto de contricion y empecemos de nuevo el rosario, Gertrudis, que Dios no nos faltará como no abandona á los pájaros ni á los peces, añadió con firmeza aquella cristiana *rancia*.

Y acabóse la discusion y comenzó el rosario de nuevo en su tono particular, santo murmullo que el viento de la noche hace llegar al oido del moribundo cristiano, como una voz amiga que le manda pensar en el cielo, al del desprecupado como la dulce queja de la madre que lo enseñó á rezar, al del insomne libertino como un consejo saludable y al del impio como una reconvencion, como un aviso de la Iglesia militante que le recuerda la eternidad. ¿Quién no asocia siquiera el pensamiento á ese eco religioso de nuestras creencias que escucha con tanto agrado el mismo Dios? Quién será capaz de avergonzarse de esta práctica veneranda conservada por tradicion en las familias españolas, merced á la estricta observancia del sexo llamado *débil*, fuerte siempre contra los ataques de la impiedad?

Al llegar Gertrudis á pedir el pan de cada dia se presentó Cecilia en la puerta de su ya reducida habitacion interrogando con la franqueza de la ingenuidad, no refrenada aun por la educacion ni por los años.

—¿Doña Maria, será de Fernando esta carta

que acaban de traer para V.? Doy por bien empleado el cuarto que le he dado al cartero por ella con tal de enterarme si trae alguna buena noticia.

Gertrudis reconoció al momento la letra cursiva de su hermano Nicolás; rompió el sobre y recorrió velozmente los renglones que uniformes y alineados como un batallon formado en masa revelaban á primera vista al guia militar que con su banderín se constituyera muchas veces en estatua de la rectitud en sentido recto.

—¡Gracias á Dios! exclamó aquella en el colmo de su alegría.

Cecilia con esa familiaridad que se califica tambien familiarmente de imprudencia, tomó la carta y leyó en voz alta:

«Puerto-Rico 15 de Agosto: Queridos padres; nada he sabido de ustedes desde que salí de esa y me alegraré que al recibo de esta gocen de la mejor salud en compañía de mis hermanos: Por ahora les envío esa letra de 400 pesos para que se remedien y no dudo que en poder del capitán cajero de esa mayoría, la *arreglada* Gertrudis se harán elásticos. No he escrito hasta ahora por mil causas y entre ellas porque demasiados apuros habrán pasado ustedes para que yo les participara los míos; he tomado mi licencia para poder casarme como lo he hecho con una *niña* huérfana y viuda; tiene buen capital, y está loca de contenta por mi figura de granadero y mi carácter andaluz: díganme ustedes lo que ocurra por esa; si á Gertrudis le ha salido algún novio desesperado, que lo creo tan difícil como que hagan ustedes carrera con el granuja de Fernando y que José haga fortuna.»

Hasta aquí leyó ó mejor dicho deletreó Cecilia con el tono de la academia y no de la de la lengua capaz de hacer desesperar á otra persona que no hubiese sido doña Maria, la cual no dejó de dar gracias al dispensador de todo bien, interin la lectora alborotaba el cotarro, como vulgarmente decimos, acudiendo de sus resultas todas las vecinas en tropel á dar el parabien á aquellas dos criaturas cuya suerte habia cambiado de improviso y hasta hubo quien se atrevió á pedirles prestado para pagar el alquiler de su habitacion.

JUAN TEJON Y RODRIGUEZ.

LA GOLONDRINA.

A.....

Cuando la tarde declina
va á posarse en tu ventana
una alegre golondrina;
salúdala placentera

que de mi amor es el ave
mensagera.

Ella te dirá en su canto
que sufro agudos dolores,
que vierten mis ojos llanto.
¡Cuán dichosa es la avecilla
que va á besar amorosa
tu mejilla!

Ella te dirá que amante
exhalo al pié de tu reja
una cancion espirante,
y que mi tétrico acento
en sus alas presuroso
lleva el viento.

Despues la alegre avecilla
me anunciará que ha besado
tu sonrosada mejilla,
y que mi espirante queja
te ha contado entre las flores
de tu reja.

Pónle una cinta encarnada
si acojes mi triste acento
de mi dolor apiadada,
sino pónsela amarilla
aunque sienta tus desdenes
la avecilla.

Y adios que el sol ya declina
y á posarse en tu ventana
va la alegre golondrina;
salúdala placentera
que de mi amor es el ave
mensagera.

F. H. DE M.

MÁLAGA.

A UNOS CABELLOS RUBIOS.

¡La vida diera por ellos!
¡quién preso en redes de amores
cubriera niña de flores
la trenza de tus cabellos!

Bien haya el áura lijera
que aromas dá á tus hechizos:
¡quién áura, Cecilia, fuera
para estender lisongera
sus álas sobre tus rizos!

Ten siempre tu encanto en ellos;
yo en mis delirios constante
seré venturoso al vellos,
seré feliz cuando cante
la trenza de tus cabellos.

M. G. R.

Málaga.=REMITIDO=

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

—Todo el bien que podria reportaros el último rezo que hiciérais en el lecho de muerte.

—Acepto—dijo ella sin reflexionar en las consecuencias.

El diablo dió un golpe en el suelo y, en medio de una gran llama color de rosa, salió de él una mesa con un pergamino, un tintero y una pluma.

—Escribid vuestro nombre en este pergamino—dijo el diablo—y así que ella lo hubo hecho continuó:

—Ahora sentaos sobre el abeto.

La jóven obedeció y él agarrando la planta, y por consiguiente á la jóven que sobre ella se habia sentado, la remontó por los aires, volando con mas rapidez que las golondrinas.

Pensad, señor, que susto no recibiria la pobrecita viendo que se la llevaba el diablo.

En cuanto al viaje fué de pocos momentos.

No obstante, la jóven llegó desmayada al sitio designado como término de la expedicion.

¿Y cual era ese sitio?—me preguntareis—mirad; ¿no veis entre aquellas dos grandes rocas un pico de montaña todo cubierto de nieve? Jamás pudo posarse pié alguno sobre él. Jamás rayo de sol, por potente que fuera, pudo derretir aquella nieve eterna.

Pues bien, aquel era el sitio donde el diablo habia llevado á la infeliz, posándola en la misma punta de la montaña, rodeada de precipicios y yerta de frio.

Os dije que la joven llegó desmayada y debo añadir que el compañero de viaje mal haya lo que se cuidó de hacerle volver en sí.

Ved lo que hizo:

En primer lugar la tendió sobre la nieve, en seguida le arrancó ambas manos con la mayor facilidad sin que ella sintiese el menor dolor ni derramase una sola gota de sangre.

Hecho esto, tomó una poca de nieve de aquella que hacia miles de miles de años no se tocaba y modelando en menos que se dice, una mano maravillosamente bella se la aplicó al brazo derecho, y pronunciando no sé que palabras, la hizo aparecer como si verdaderamente fuese de carne y hueso; solamente que en esta no se veía señal alguna de vena y era blanquísima.

La joven sintió un frío agudísimo en todo el brazo, frío que le llegó hasta el mismo corazón y le hizo volver en sí.

Luego que pudo ver y juzgar quedó asombrada viéndose manca del brazo izquierdo y con una mano tan linda en el derecho como jamás pudo soñarla.

El diablo se metió en el bolsillo las dos que había cortado y dijo:

—Me servirán de prenda.

Y como la joven mirase en torno suyo como buscando un sitio por donde bajar, pues el frío terrible que allí reinaba apenas le dejaba moverse, el hijo del infierno se lo puso delante y, con la galanteria que acostumbraba, añadió:

—Os daré un consejo, señorita, y luego os conduciré a casa de mi amigo el hechicero: apenas despunte el día corred en busca del joven caballero que os ha robado el corazón, el cual se prepara a pasar el mar para ir a la tierra agarena. Si llegais a verlo junto a vos, tocadle con esa mano y yo os aseguro que la victoria es vuestra.

Apenas dicho esto la agarró como antes y se lanzó con ella por los aires veloz como el rayo.

La joven se desmayó nuevamente y al volver en sí se encontró a la puerta de la gruta del hechicero con el abeto entre las manos y el brasero a sus pies.

Estaba helada como la nieve y el desaliento que sentía era mortal.

Llamó a la puerta y el hechicero abrió al instante.

Apenas la vió la hizo entrar y quitándole el arbolillo de sus manos lo arrojó al fuego y empezó a arder con mucha fuerza.

Un gran calor sintió la joven penetrar en su cuerpo; el hechicero la acercó mas al brasero.

El calor continuó circulando por el cuerpo de la doncella y se introdujo en la mano que hasta aquel instante había permanecido inerte. Entonces quiso moverla y lo hizo como lo hacia con la suya propia.

El hechicero le dió a beber nuevamente aquel suave licor que ya le había dado disuelto en agua y ella, restablecida del todo, marchó con

él para su castillo donde le entregó todas las alhajas que le había prometido.

En seguida arreglado su equipaje y recojidas las alhajas y dinero que aun le quedaba, partió acompañada de pocas personas en busca del caballero de sus ilusiones.

Continuará.

Solucion á la charada del número anterior.

En **Málaga** cierto día
Una **Maga** me asaltó.
Tan **mala** facha tenía,
Que aunque de **gala** vestia,
Su vista me horrorizó.

CHARADA.

Prima y segunda es suave,
no es de marfil ni topacio,
su alcázar es el espacio,
su apoyo sencillo el ave.

Con terciá y con cuarta engordas
y aliento dá (no os asombre)
al hombre sábio y al hombre
de las selváticas hordas.

El todo yo certifico
que siempre en la casa habita,
la tiene el que necesita
como la tiene el que es rico.

SABINO POLVORIN.

==REMITIDO==

GORRESPONDENCIA.

A un soldado.—El soneto que nos envia será insertado en el número del domingo 17 del corriente.

Sr. D. F. de S.—Barcelona.—Hemos recibido su artículo que publicaremos lo mas pronto posible.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, núm. 3.